

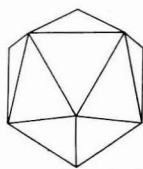


**PAGINAS
RECIENTES
DE LOS
MAS NUEVOS
ESCRITORES
MEXICANOS**

RELATO

Esther Seligson

TRAS LA VENTANA, UN ARBOL



Tendida boca abajo en el diván, sobre el sarape rojo, Martha sentía los dedos de Ernesto recorriéndole la espalda. Tenía la cabeza sumida entre las cobijas y su olfato buscaba ansioso ese olor que no era el suyo y que la retaba de pronto con un desafío hostil y brusco: era algo tibio, casi sin aroma y, no obstante, perfumado, con olor a moho. Los dedos se anudaron en su pelo, resbalaron por el brazo donde descansaba apoyada y fueron a hundirse en el sobaco húmedo. Sabía que no iba a escapar, que no intentaría ningún movimiento ajeno a la voluntad de sus sentidos, que se quedaría ahí, tensa y débil. Ese día escogió un vestido amplio y de cierre largo, en su cuerpo el perfume había caído abundante y en el pelo los rizos fueron cuidadosamente marcados. Antes de apretar el timbre mojó sus labios resecos y, al momento de rozar con los nudillos la puerta, como alguien que no fuera ella, otra Martha ausente pero que se viera desde fuera, advirtió que el temblor en su cuerpo no se aquietaba y que de pronto una camisa y un pantalón claro estaban ante sus ojos, que aún permanecieron bajos durante unos segundos. Así fue exactamente, Martha lo dibujó paso

a paso en su mente como si hubiera querido retrasar el momento en que la mano desnudó sus hombros y ella se tiró en el diván.

Era algo indefinible y vago. Pocas veces había estado en el estudio de Ernesto, y poco sabía de él salvo, quizá, que a ella le gustaban sus cuadros, y a él ese cuerpo joven que había empezado a pintar; y sin embargo, ese algo que la rechazaba le salió al encuentro desde el primer instante, desde el primer momento en que se abrió la puerta y ella puso el pie sobre la alfombra gris. "Pasa, te enseñaré primero el estudio y luego tomaremos café en el otro cuarto. ¿Ves? Aquí es donde pinto, la luz es mejor y da todo el día." Martha miraba los colores del techo, del piso, de las paredes cubiertas de telas y retratos, de paletas manchadas, azul-rojo-sepia, de letras y dibujos. "¿Qué escribiste en esas hojas? ¿Para qué las cuelgas?" Ernesto buscaba sus ojos y sus manos curiosamente frías. "Aquí duermo a veces cuando trabajo hasta muy tarde." Libros, más cuadros, una guitarra, algunas máscaras negras, un esqueleto de cartón suspendido sobre el sofá-cama, un farol de transparencia violeta. Todo eso a primera vista. Después los detalles, los objetos que empezaron a brotar como si fueran ojos, celosos guardianes de ese algo indefinible y vago que flotaba en el cuartito y emanaba de las cosas. Un florero azul de vidrio soplado, un peine y una almohada, un espejo redondo, varias figuritas de barro en las repisas junto a los libros, dos cajas de cerillos, ceniceros negros —"¿Te gusta?"—, un tocadiscos y unas tacitas de porcelana azul marino, un sillón de largos faldones rojizos, una carpeta bordada sobre la mesita a un lado del sofá, una botella de vino tinto. Todos y cada uno de los objetos eran parte de ese

□ Esther Seligson

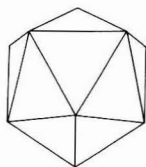
Nació en la ciudad de México un 25 de octubre de 1941 bajo el signo de Escorpio. Desde muy temprana edad, los cuentos de hadas, las leyendas y Las mil y una noches fueron sus lecturas cotidianas. Más tarde empezó a escribir versos malos y poemas en prosa y a interesarse por la literatura con absoluta seriedad, agotando los autores de la biblioteca familiar (Zweig, Cronin, Lin Yutang, Buck, Maugham, Tagore, Kipling, Chejov y toda clase de novelistas "rosa", libretos de ópera, viejas revistas femeninas), y los clásicos escolares de la literatura universal.

Obedeciendo siempre a la imaginación y a una necesidad interior, y nutrida hasta los huesos por la poesía del romanticismo, fue encontrándose con otros autores (Rolland, Dostoyevsky, Huxley, Mann, Goethe, Pavese, Sartre, Kafka), pero

fueron principalmente Hesse y Camus, y más tarde Proust, Rilke y Virginia Woolf, los que determinaron su destino por la vía de la creación literaria. Sin embargo, aún intentó aventurarse por los senderos de la química y la filosofía para, finalmente regresar y quedarse en el de las letras y conjugarlo con el de la historia del arte.

Sus primeros relatos aparecieron en la revista Cuadernos del Viento (donde prácticamente se formó) y en la Revista Mexicana de Literatura. Empezó a tomarle gusto a las traducciones y al ensayo. Es ferviente e irregular colaboradora del suplemento cultural de El Herald y ha escrito, o escribe, o escribirá, en la Revista de Bellas Artes y en la Revista de la Universidad. Le hubiera gustado vivir en la Edad Media y su máxima aspiración es escribir para el Teatro.

Dibujos de



Ricardo Regazzoni

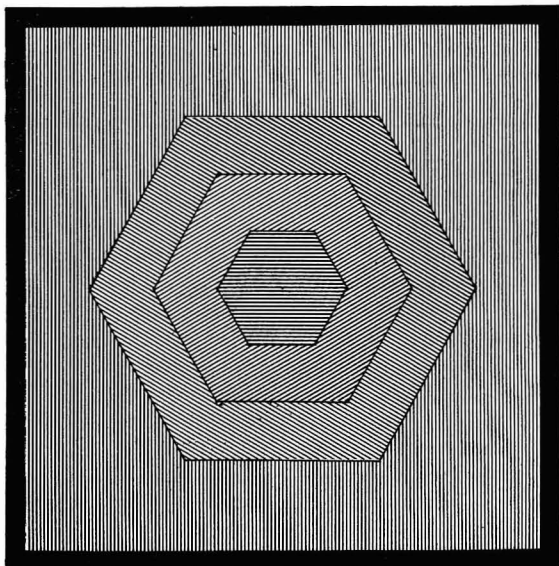
rechazo inicial, de un mundo pretérito, y a la vez presente, al que probablemente Ernesto se integraba tan pronto como Martha abandonaba el estudio. Pero en tanto, mientras físicamente continuara ahí, frente a Ernesto y frente a las cosas, sus ojos iban y venían por todo el cuarto tratando de absorber los contornos de esas cosas, de palpar su abrupta e incontentible presencia.

Tras la ventana, un árbol. Martha siente el aire fresco en la nuca y levanta la cabeza para mirar hacia afuera; dentro, y a pesar de ser temprano, huele a tabaco; han fumado mucho. Ernesto, en la cocina, tras la cortina de cambaya morado y rosa, prepara un poco de café. Martha vuelve a sumergir su cabeza entre las cobijas: eso continúa ahí, reciente y su mano tiembla cuando se interna por debajo del cojín hasta tocar la superficie fresca de la sábana. "¿Duermes?" Quisiera hacerlo y no saber dónde está. Antes de incorporarse para tomar el café, un pájaro la llama desde el árbol. Hubiera querido decirle que estaba triste, que prefería ir a aquel bosque (que recorrían al principio) donde la tierra está cubierta de hojas secas, caminar sobre ellas tomados de la mano y hablarse; o simplemente salir a la calle a mirar y a pasear. Decirle, la cabeza apoyada en sus rodillas, que le enseñara a contemplar ese cuarto con esas cosas que aún no conocía bien. Triste porque todo le parece extraño, porque hay una voz en los rincones y la grita intrusa, porque ve sombras y es de día y las sombras están en los ojos de Ernesto, en el contorno de las cosas y avanzan hacia ella. Pero Martha no quiere que él se burle y sabe que lo hará, que su risa la aislará más, y calla y busca sus labios. Había habido tal ansiedad en su espera, en el transcurrir del tiempo hasta la hora fijada para su encuentro, en la cuidadosa elección de su ropa, en la aproximación al estudio y en el ascenso de la escalera que, de pronto, cuando por fin sus cuerpos se encontraron y él la depositó, el vestido bajo la cintura, sobre el sarape rojo, y sin que Martha supiera evitarlo, las lágrimas corrieron por su cara y su pelo. "¿Lloras?" "No, no es eso, no estoy llorando." Ernesto le dio la espalda y encendió un cigarro, ella se tendió boca abajo. Le acarició el cuello y la espalda, sentía que no iba a escapar, que no podría resistir esa mutua atracción inexplicable, pero Ernesto no sabía ni qué hacer ni qué decir y decidió esperar, preparar un poco de café.

Salir, abandonar las paredes y el esqueleto sobre la cama, respirar todo el aire hasta hacerse viento y entonces penetrar por la ventana y barrerlo todo, soplar y soplar hasta que los objetos se desmoronen y se pierdan, hasta secar ese olor sin perfume, esa humedad sin aroma. Martha está ahí, ahí están sus libros y sus zapatos, su cuerpo moreno, firme y tibio, su negro cabello ondulado, su silencio. "Levántate ya y vístete." Y no obstante, él había estado esperando, extrañando su presencia matutina, aspirando su aliento, mirando sus ojos infantiles, escuchando atento el ruido de los coches y las pisadas en la escalera, el rumor del viento entre los carrizos huecos pendientes a un lado de la ventana, a su espalda, mientras manchaba sin mucho sentido la tela colocada frente a él. Aquella vez, en la exposición, sin conocerla siquiera, ella le había pedido que le hiciera un retrato (tenía los labios finos y unos grandes ojos tristes), Ernesto sintió ganas de reír, pero al mirarla otra vez pudo imaginar cómo se vería ese cuerpo delgado bajo sus pinceles, y aceptó. "Venga, la invito a cenar." "Entonces, ¿empezamos el lunes?" Ernesto dejó los pinceles, se acercó a la ventana, hizo sonar los carrizos con violencia y fue a buscar un cigarro sobre la mesita junto al sofá. Trató de hacer un poco de orden: vació los ceniceros, recogió unos vasos sucios, acomodó los cojines, escondió unas horquillas, enderezó unos cuadros y dio un leve empujón al esqueleto suspendido sobre el sofá-cama. No estaba habituado a esa clase de preparativos y se sintió molesto por lo que pudieran significar en esa no-costumbre. Un ligero

toque en la puerta —siempre llamaba una sola vez—, un traje en tonos lila, botas, libros bajo el brazo, mano fría. "Pasa, hoy está un poco nublado, trabajaremos más tarde." Ernesto la veía mirar y sentía que su mirada estaba ocupando un vacío frente a sus cuadros, que su figura se amoldaba al movimiento del espacio entre los colores. Ahí está la piel, el cuello delgado y largo, los hombros abandonados entre sus dedos, y algo como un temblor en ellos al descorrer el cierre de su vestido. "Quisiera pintarte así, semi desnuda." Tendida boca abajo parecía más frágil, más indefensa; acarició su pelo y se dejó llevar por la línea del brazo donde descansaba su cabeza hasta rozar el nacimiento húmedo de su seno. "¿Lloras?" Quizá también él quería llorar. Se incorporó, súbitamente, y encendió un cigarro.

Martha apoyó los codos en el cojín, miró hacia la ventana y se sentó en la orilla del diván. Ernesto le acercó una de las tacitas de porcelana y apoyó los labios en su hombro desnudo, ella sintió su propia suavidad y se sorprendió buscando en ese contacto algo más que un deseo, algo más cercano, menos brusco. Cuando se despidieron aquella noche en el interior del automóvil, había tenido la misma sensación de alejamiento —la voz de Ernesto comentaba los incidentes de la exposición, hablaba consigo mismo, aunque la presencia de ella parecía serle necesaria—, de ser el reflejo, el sólo eco de algo distante. Quiso entrar en su monólogo y lo llamó por su nombre, Ernesto la tomó por la barbilla, Martha bajó los párpados y entreabrió los labios, pero la boca rozó su oreja y se detuvo en el cuello. Él no estaba ahí, al alcance de su mirada, sino, opaco e inapresable, entre sus muslos apretados. Retrocedió. "Entonces, ¿el lunes próximo?" ¿Por qué esa necesidad en la piel y, al mismo tiempo, ese rechazo? En sus ojos sentía el destello de otra visión, en sus manos un hueco que el cuerpo de Martha no lograba llenar del todo; se levantó y puso la taza sobre la mesita. "¿Quieres más café?" "Prefiero un poco de ese vino." Se acercó a una de las repisas y tomó un libro al azar, una capa de polvo se adhirió a sus dedos, en la primera página vio una dedicatoria que no alcanzó a leer porque algo escapó de entre las hojas en el momento en que Ernesto le tendía el vaso de vino. "¿Te gusta guardar flores secas?" "Es una tontería, y, además, ese libro no es mío. Déjalo." ¿Qué era lo que él no quería decirle? De pronto se sintió al borde de una certeza, a punto de descorrer ese velo que mantenía el cuarto y las cosas en la semipenumbra de un misterio cuya sombra móvil pudiera traducirse en una palabra, ¿transformarse, acaso, en un hombre, en otro rostro? Olvidó la flor en el suelo y se dirigió hacia la ventana. El vino sabía un poco agrio y se dio cuenta de



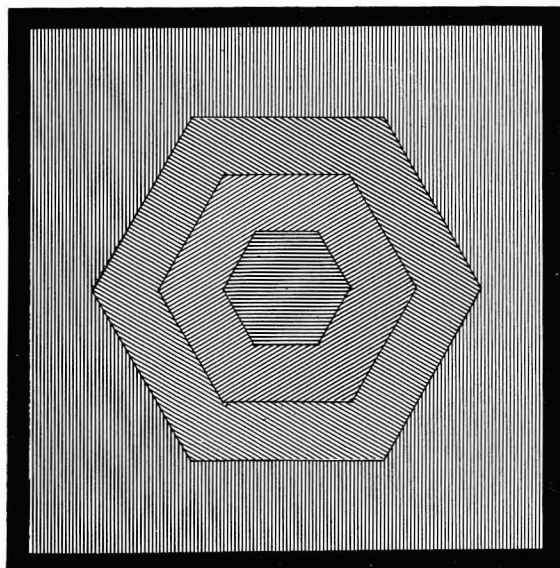
que la botella estaba medio vacía. Afuera, las ramas se mecían sin ritmo y el viento, a veces suave, a veces súbito, sacudía las hojas y el nido del pájaro. Aspiró con fuerza el aire húmedo y frío y cerró la ventana: Ernesto la contemplaba en silencio sentado en el sillón. Tenía la copa entre las dos manos, muy cerca de los labios, la cabeza inclinada, las piernas cruzadas. Martha sonrió y se fue hacia el estudio. Trataba de alejar su proximidad porque el menor roce la recorría como una punta dolorosa, resbabala hasta sus tobillos, se enredaba, la tomaba entre sus bordes y entonces la cabeza partía, sola, muy lejos del cuello. Y no era precisamente la sensación de estar flotando, porque incluso el más mínimo espacio en su cuerpo era habitado, latía, se concentraba en su propio e independiente peso, como el árbol que pudiera ver, reconocer y palpar cada una de sus ramas y, en ellas, cada una de sus hojas.

Martha, tenerla entre los brazos y no lograr abarcarla, sentirla escapar en los suspiros, en las lágrimas, y cada vez que ella apartaba el rostro del suyo para mirar el techo o un punto invisible en el centro del cuarto. Así, de espaldas, se veía más alta y más delgada, o quizá era sólo el reflejo de la luz que, a través del vidrio, parecía moldearla suavemente. Sintió el aire fresco en sus cabellos revueltos y, al verla sonreír con esa sonrisa que parecía no ser para nadie, el dolor agudo, el deseo de tenerla, desnuda, entre los brazos. Dejó la copa a un lado del sillón y la siguió al estudio. "Sientate ahí y pon las manos al frente. No ladees tanto la cabeza y procura estarte quieta mientras hago los trazos generales." Frente a él, y detrás del pincel, Martha entregaba la línea de su cuerpo y de sus rasgos a la mirada perspicaz, a la mano diestra y ágil, al toque de color que iría dando luz y sombra y volumen a sus contornos (siena, un poco de violeta, blanco tal vez, azul). Intentó leer las frases escritas en los papeles adheridos a la pared, distinguir y diferenciar las texturas de los cuadros más grandes, descifrar el contenido de esa serie de telas amontonadas, a un lado del caballete, volteadas, casi escondidas, ocultándose: ¿paisajes?, ¿improvisaciones geométricas?, ¿rostros? Una sensación de celos y de vago temor la envolvió al detenerse en la imagen de algún posible rostro, de otro distinto al suyo. Abandonó su lugar, tomó la cabeza de Ernesto entre sus manos y se dejó llevar, en tanto los dedos descubrían sus hombros, por esa misma tensión que ya una vez había provocado su llanto.

"¿Quién es la mujer de tus cuadros, cómo se llama?" Pero no, no iba a preguntárselo, ni siquiera podía asegurar, a pesar de su temor, que se trataba de una mujer. Y no obstante, quiso imaginársela ahí, en el sitio que ella ocupaba ahora, en el diván, bajo el esqueleto, como parte de ese algo indefinible y vago, como siendo las cosas mismas: hosca, áspera, profundamente misteriosa y grave, con ese olor a moho y ese aroma sin perfume. El aire había dejado de soplar, y, en las ramas del árbol, sólo el pájaro se movía de vez en cuando, sin cantar. Dentro, en el cuarto, también estaba nublado, o al menos así lo pensó Martha porque la sombra de las cosas era ahora más densa, y su propio cuerpo más pesado bajo el peso de esa presencia que ella había adivinado al dar el primer paso sobre la alfombra gris y que estaba a punto de encontrar su forma tras las caricias de Ernesto, en ese hueco que quedaba en sus manos, como si ahí él buscara olvidar o, precisamente, encontrar el contorno de esa ausencia, el aroma (en su piel donde el perfume había caído abundante) de ese otro olor sin olor. Se veía como la protagonista de un juego en el que no participaba y tuvo miedo otra vez. Apartó del suyo el rostro de Ernesto. Ahí, al pie del sillón, están sus botas y sus medias, su bolsa y sus libros en el asiento; sobre el diván, colgando en la orilla, su vestido en tonos lila; sobre ella, y casi podría tocarlo si levantara un poco la mano, el esqueleto de cartón; y más allá, aunque también podía estar

sobre ella, el cuarto con todas esas sus cosas que aún no conocía bien: los libros que ya sabía polvosos, las figuritas de barro, los ceniceros colmados. Incluso el techo era un objeto susceptible de invadirla, de la misma manera en que irrumpía en ella el aliento de Ernesto, más apartándola, sepultándola, que atrayéndola. ¿Cuánto tiempo había pasado desde el momento en que la mano desnudó sus hombros? Tendida boca abajo, Martha sentía los dedos recorrer su espalda, y era como si nunca hubiera dejado de estar así, boca abajo, con la cabeza sumida entre las cobijas, el temor clavado en el cuerpo, y las horas y los días no hubieran transcurrido sino que, a fuerza de repasar y de reconstruir en su mente cada gesto, cada movimiento, inmóviles, se estuvieran desmoronando al contacto del aire que entra por la ventana, fuera de su caja de cristal, como polvo fino, insensiblemente.

Ahora eran los labios en su cuello, en los hombros, las manos entre el sarape y sus senos —no se movía, casi no respiraba; en sus ojos el cuerpo inclinado de Ernesto, sus pantalones claros, el humo del cigarro—, los labios en su espalda, la mano en su costado, la mano en su pierna, y, en su oído, sólo el roce de ese deslizarse a todo lo largo de su piel, de sus miembros desconectados, lejos de su cabeza, lejos de sus tobillos. Salir, abandonar las cosas y la aspereza del sarape, la presencia de ese calor ajeno entre su cuerpo y el de Ernesto; preguntar, saber a pesar de la risa y de las burlas; no sólo imaginarla ahí en su lugar, sino verla, apresar la sombra y darle un nombre, aunque con ello ella misma tuviera que borrarse. "Ven, déjame ver tu cara." Es la voz de Ernesto que no responde porque no ha sido preguntada, la voz que ordena y quiere hacerse obedecer; y ese su cuerpo de ella que parece adherido a las cobijas, a ese algo indefinible y vago que tal vez la ha apresado ya. La mano empuja y Martha levanta la cabeza, pero no para continuar el movimiento, sino para escuchar, absorta, el canto del pájaro que la llama desde el árbol. Ahora el cuerpo está junto a su cuerpo, y el aire entra por la ventana; la mano descansa en su vientre, la boca tira de su oreja. "¿Cómo se llama?, es preciso que me digas su nombre, las letras que buscas en estas caricias que no te devuelvo pero que parten de mí en tu busca." "¿A dónde vas?" Martha estaba sentada a un lado de Ernesto rodeándose las rodillas con los brazos, la cabeza apoyada en ellos. De pronto ya no era tan importante saber, porque de todas maneras, para Ernesto, ella era únicamente la prolongación de esa ausencia de la que él mismo, quizá, no constituía sino una parte ínfima también. No quería resignarse a ser una cosa más, aquella que puede distraer la soledad, el cansancio cotidiano, y eso ahora podía definirlo



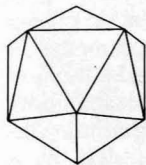
porque para ella este amor se presentaba, por vez primera, como un total que empieza y no se sigue de nada anterior, y todo en Ernesto y en los objetos estaba ya ocupado, lleno de una ausencia presente que reclamaba su sitio, ese espacio que Martha había empezado a invadir desde el momento en que él trazó las primeras líneas de su figura en el lienzo. “¿A dónde vas?” —repitió la voz sorprendida e impaciente. Sí, ¿a dónde iba? Casi estaba segura de que tampoco el salir la llevaría a alguna parte. ¿Hacia dónde escapar si ya no sería posible entrar por las ventanas y barrerlo todo, soplar y soplar hasta que los objetos se desmoronasen y se secara el olor sin aroma? Pero tampoco quería quedarse ahí, tendida boca abajo, como el pájaro en el árbol; o como el árbol mismo, contemplando desde fuera a través de la ventana.

Se deshizo de los brazos que, rodeando su cintura, intentaba retenerla aún en el diván. Tomó su ropa y empezó a vestirse silenciosamente, la mirada fija en un punto cualquiera, mientras desfilaban fragmentos de palabras, de deseos inexpresados, de colores, de gestos, de imágenes, sin detenerse, sin sugerir, sin asociarse a nada ni a nadie en particular. Entre todos ellos, sólo el sentimiento de la presencia exaltada y terrible de un vacío parecía unirlos. La distrajo el botón que se desprendió de su falda. “Espera, no te vayas.” Martha escuchó esa voz como si saliera de ella misma, como un pensamiento que no se atrevía a formular y que de pronto llegaba a sus oídos desde fuera. La mano de Ernesto había alcanzado la suya y en ese momento, mientras sus ojos siguieron la trayectoria del botón hasta que se perdió bajo el diván, sintió que tal vez sí lograría quedarse cerca de él. Sin soltar la mano, se arrodilló sobre la alfombra y buscó bajo el diván. Parecía que no había ninguna relación entre el sonido y el contacto, que las palabras se habían quedado suspendidas en el instante en que se inclinó, que no alcanzó a entender que entre la mano y la voz estaba ella, o más bien, que a ella se dirigían. En cuclillas sobre la alfombra, apoyó su cabeza en las rodillas de Ernesto con un movimiento que casi no dependió de su voluntad, como empujada, atraída, a pesar de sí misma, hacia ese vacío, hacia la sombra de esa ausencia. Quizás ella podría ser, como el árbol, contemplada desde dentro; como el aire, no para desmoronar los objetos sino, precisamente, para rodearlos y dejarse conocer por ellos, no para secar el aroma sin perfume, sino para absorberlo y dejarse penetrar por él. Tuvo el impulso, casi la necesidad física, de levantarse y de tomarlos, uno por uno, las máscaras, el florero, la almohada, el espejo, las figuritas de barro, los cuadros y los libros, y dárselos a Ernesto, uno por uno, con suma atención y cuidado para crear así, en el espacio de las cosas, un nuevo orden, un orden suyo en el que ambos tuvieran un lugar propio. Sus labios se apoyaron en la mano de Ernesto, los dedos se anudaron en su pelo, lo tomaron, lo separaron, lo entretejieron, y ella sintió de nuevo que todo su cuerpo era como un árbol que pudiera ver, reconocer y palpar cada una de sus ramas y, en ellas, cada una de sus hojas. “Quédate a vivir conmigo.” Entonces supo que la pregunta sería formulada y que en la respuesta, que quizá también ya conocía, que en realidad ya había conocido desde el principio, se definiría al fin el contorno de la ausencia que Martha estaba invadiendo. “¿Y ella?” Ernesto también esperaba, como si durante ese tiempo que habían pasado juntos sólo hubiera aguardado para responder: “No ha vuelto desde que te veo a ti.”

Todo ahora recuperaba su verdadera dimensión, su orden original, los cuadros, los libros, el olor sin aroma, las caricias y el hueco entre sus cuerpos, los objetos, su temor inicial. Cuando cerró la puerta tras de sí, pensó que incluso el árbol, al que imaginara tan cercano, se había reducido al espacio de esa presencia que ella, Martha, había alejado y que, seguramente, volvería ahora, otra vez, como antes, a su lugar de siempre.

Eduardo Naval DE LOS ORIGENES

A Miriam Huberman



Cada tarde a la hora de la siesta salía al balcón y se sentaba sobre una silla de cuero con tejido en enea, el bastidor sobre las piernas y en el suelo la caja de madera con hilos y agujas. Las pocas personas que pasaban por delante de su reja a esa hora ya la conocían y solían detenerse un minuto para decirle dos palabras sobre el tiempo, o sobre la salud, o darle cualquier noticia. Ella nunca salía de casa y el único rato que se la podía ver era a la hora de la siesta en el balcón. Cuando hablaban con ella casi no levantaba los ojos del bastidor y seguía bordando con el ritmo pausado y continuo que parecía regirla siempre. Gozaba íntimamente cuando alguien le contaba algo y tenía la impresión de leer una carta equivocada.

Casi nunca decía palabra y se limitaba a escuchar, pero las pocas veces que contestaba lo hacía con una voz que debía servir mejor para el canto. En cuanto se interesaban por su labor clavaba la aguja y volvía el bastidor hacia la calle para que la otra persona lo pudiese ver y en el fondo se sentía un poco turbada porque sabía que después del ¿y qué tal, adelanta la labor?, venía irremediablemente el hasta mañana.

Por lo regular quienes se detenían eran, una mujer gorda que pasaba con un cesto de ropa limpia y planchada a entregar en algún sitio y a la que nunca veía volver porque lo hacía cuando en su casa había terminado la hora de la siesta y ella ya no estaba en el balcón, pero a la cual siempre supuso que regresaba con el mismo cesto lleno de ropa sucia, deteniéndose cada dos pasos para tomar aliento y para enjugar el rostro encendido y cubierto de sudor aun en invierno, con aquel pañuelo minúsculo con bordes de encaje que resultaba demasiado gracioso en su mano regordeta. También pasaba una anciana delgada, tiesa como una estaca, parlanchina y enlutada que había sido asistenta durante toda su vida y que ahora dedicaba cada tarde a recorrer las casas donde había trabajado para poder comer un poco, porque aunque ella decía que podía aún trabajar, los que habían sido sus amos no se lo consentían, manteniéndole una curio-

□ Eduardo Naval

Nació en la ciudad de México en 1948. Realizó sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM). Publicó sus primeros textos, principalmente cuentos, en Cuadernos del viento. Fue jefe de redacción de los primeros siete números de la revista Punto de partida. Ha redactado algunos estudios sobre literatura mexicana contemporánea y su tesis profesional: La nostalgia en el estilo de Ramón J. Sender. Ha frecuentado la crítica literaria y de teatro. Ahora, al viajar por Europa (en España realizará sus estudios para obtener el doctorado en Letras Españolas), tiene ya preparado un volumen de cuentos y escribe una novela. Eduardo Naval cree, sobre todas las cosas, en la pureza y el dominio del lenguaje como únicos medios para realizar una obra literaria consistente. También sabe que la literatura es una pasión y lo ha escrito: "...delante de mí se abre todavía en forma indefinida el compás de espera, en el cual la posibilidad mística de la pasión es algún algo que intuyo (sin temor: que quiero para mí) pero que no me ha sido dada hasta ahora. Sin embargo, no me alimento de destellos porque espero emitirlos".